

LA POLÍTICA DE LOS TERRORISMOS EN ITALIA: UNA SÍNTESIS

Gianfranco Pasquino

Centro de Bolonia. Universidad Johns Hopkins

RESUMEN

En el sistema político italiano han existido dos tipos de terrorismo. El terrorismo negro fue organizado por los anteriores neofascistas, fue tolerado y utilizado por algunos sectores del Estado, fue apoyado y recibió asilo por los servicios secretos y policía de algunos países del Sur de Europa y Latinoamericanos. Sus acciones de dirigían a crear el pánico en la población por medio de la violencia indiscriminada y a provocar un Estado fuerte y autoritario. Los terroristas rojos pensaron que era posible provocar una revolución en Italia al estilo de algunos ejemplos Latinoamericanos, o supuestamente imitando algunos aspectos de la Revolución Cultural de China. Sus filas se ampliaron cuando los movimientos sociales perdieron las luchas estudiantiles y obreras y las energías de los militantes se pusieron a disposición de un cambio más radical. El terrorismo negro ha sido parcialmente descubierto; el terrorismo rojo ha sido fundamentalmente vencido. Pero el proceso democrático italiano ha sido significativa y negativamente alterado.

ABSTRACT

Two types of terrorism have existed and operated in the Italian political system. Black terrorism was organized by former neo-fascists, was tolerated and utilized by some sectors of the State, and was supported and given asylum by the secret services and police of some Southern European and Latin American countries. Its actions were directed toward creating panic among the population through indiscriminate slaughters and provoking a request for a strong, authoritarian State. Red terrorists thought it was possible to produce a revolution in Italy drawing from some Latin American examples, or supposedly imitating some aspects of the Chinese Cultural Revolution. Their ranks were inflated when social movements lost their students' and workers' battles and the energies of some militants were put to the disposal of a more radical goal. Black terrorism has been partially exposed; red terrorism has been fundamentally defeated. But the trajectory of Italian democracy has been significantly and negatively derailed.

Sigue faltando aún un estudio de conjunto de los fenómenos y de los movimientos terroristas que han operado en Italia desde finales de los años sesenta, *grosso modo*, hasta principios de los ochenta. Aunque los movimien-

tos y grupos terroristas parecen haber sido derrotados, tanto desde el punto de vista militar como del político, algunos siguen siendo activos y también peligrosos. Esta ausencia de una visión de conjunto se debe sin duda a la imposibilidad de que un investigador aislado —a pesar de que ha habido esfuerzos meritorios— e incluso de que grupos de estudiosos proporcionen una visión general de un período de tiempo tan amplio, y sobre todo denso en acontecimientos de todo tipo, con multitud de actores, entre los que hay que contar no solo a los terroristas, a lo que además hay que añadir las no pocas dificultades para obtener documentación. Ello ha hecho que casi todos los investigadores hayan preferido dedicarse a un tema específico, sea el partido armado de izquierda (Giorgio Galli), las desviaciones de los servicios secretos (Giuseppe de Lutiis), su implicación en los episodios de terrorismo (Gianni Flamini), el nacimiento de las organizaciones clandestinas de izquierda (Donatella della Porta), la vida de los terroristas de izquierda (Diego Novelli y Nicola Tranfaglia), o las biografías políticas de los terroristas (la amplia investigación del Instituto Cattaneo bajo la dirección de Raimondo Catanzaro). En cambio se ha descuidado mucho todo el filón del terrorismo y de los terroristas de derechas, neofascistas, por ser menos interesante, ya que es menos valioso culturalmente, y más difícil de estudiar.

Sin embargo, en el momento actual el resultado de tales estudios es el de que las explicaciones que se han dado sobre el origen, la dinámica y los efectos que los terrorismos, en plural, han producido sobre el sistema político italiano, no parecen del todo convincentes justamente debido a que no logran abarcar en una visión de conjunto a todos los componentes del fenómeno (resulta insuficiente, en efecto, el análisis de Hess). Efectivamente, ningún comportamiento de los actores relevantes (movimientos terroristas de derechas o de izquierdas, servicios secretos, gobierno, partidos y sindicatos, servicios secretos y movimientos terroristas extranjeros) puede ser analizado, explicado y comprendido aisladamente; solo el conjunto de las relaciones recíprocas, de las interacciones entre estos actores y de la evolución de cada uno de ellos prometen explicar con suficiente aproximación cuanto sucedió y por qué sucedió (véase a este respecto mi investigación tentativa inicial: Pasquino 1983). En la vertiente de los movimientos de izquierdas, este intento ha sido llevado a cabo con eficacia por David Moss, quien incluye, probablemente con razón, a los *Mass Media* en la lista de los "participantes" en los acontecimientos terroristas.

Estas consideraciones, por consiguiente, han de constituir el punto de partida. Del mismo modo que es necesario rechazar toda interpretación monocausal de los terrorismos italianos, tampoco conviene aceptar explicación alguna que se funde en una visión parcial. El drama terrorista se definió y se desarrolló gracias a la presencia y al protagonismo de numerosos actores. El problema está en lograr presentar a todos estos actores conjuntamente en escena y, sobre todo, en valorar en cada caso el papel, la incidencia efectiva y la autonomía comportamental. Hechas todas estas consideraciones, y conscientes de que la tarea es difícil, empieza a ser posible ofrecer algunas líneas interpretativas de fondo que tengan realmente en cuenta la complejidad del fenómeno.

El terrorismo negro (neofascista)

El primero que hizo su aparición fue el terrorismo negro. A semejanza de lo que diremos sobre el terrorismo rojo, de izquierdas, los grupos son heterogéneos, sus motivaciones diversas, sus objetivos divergentes, y diferente es, sobre todo, el substrato que les sirve de apoyo. Pero la matriz es, seguramente, endógena; es decir, los terroristas neofascistas son italianos, pertenecen a la cultura política del país, tienen raíces profundas en la dinámica del sistema político italiano. Sobre todo encontramos personajes forjados por la lucha política en Italia e influidos por los acontecimientos corrientes, juntamente con, es verdad, los veteranos de la república de Saló, que aprueban en su mayoría las acciones de los terroristas neofascistas y las aplauden, aunque que no participan en ellas por razones generacionales, a excepción de los pocos nostálgicos seguidores de Valerio Borghese.

No se trata de recorrer todas las siglas y todos los acontecimientos relacionados con el terrorismo neofascista. Baste, para los objetivos de nuestra tesis de fondo, subrayar algunos momentos y pasajes esenciales. Ante todo, la fundación de Ordine Nuovo, en 1956, por Pino Rauti, que recientemente llegó a ser nada menos que secretario del Movimiento Social Italiano. De esta organización, que es disuelta por su fundador en 1969, declarada anti-constitucional por la magistratura en 1973 por ser de hecho la "reorganización del disuelto partido fascista", y sus bienes confiscados, surgen otras entidades organizacionales, como Avanguardia Nazionale y Anno Zero. Ordine Nuovo es especialmente la fragua de cuadros, de militantes, que con el tiempo tendrán a su cargo las acciones terroristas. El segundo paso importan-

te está constituido por un famoso congreso de 1965, del que salió el libro *Las manos rojas sobre las Fuerzas Armadas* en el que, en efecto, quedaba perfilada, y en algunos aspectos rebatida, la estrategia de infiltración de los aparatos estatales, particularmente de las Fuerzas Armadas, de la magistratura, de sectores de los servicios secretos y, probablemente, del Ministerio del Interior. El factor impulsor de dicho congreso y de la estrategia de intervención activa fue sin duda la llegada del centro-izquierda —hacen su aparición los actores políticos—, la consiguiente sensación de que el marco político italiano se ha desplazado hacia la izquierda, de que el partido comunista ha adquirido un papel de mayor peso y, naturalmente, la convicción de que la alarma producida en algunos sectores de la sociedad italiana por estas circunstancias, podría aportar apoyo a las actividades de los neofascistas, incluidas las violentas y armadas. Existe, pues, en los orígenes de terrorismo negro una combinación de estrategia defensiva y ofensiva no muy diferente de la que sirve de base a la formación de las primeras organizaciones semiclandestinas de los (cuasi)terroristas de izquierdas. Por fin, es ésta lógicamente la fecha de comienzo del fenómeno terrorista visto en su globalidad, la decisión de poner una bomba en un banco de Milán y de hacerla detonar al mismo tiempo que otra, colocada en el Altare della Pace en Roma (véase al respecto la magnífica investigación de Franco Ferraresi, 1990). El objetivo era doble: atribuir la responsabilidad a los militantes de la izquierda, obrera y estudiantil, movilizados en el otoño caliente, y crear una atmósfera de desorden y caos que legitimara un volantazo autoritario del gobierno.

Entre los efectos deseados y conseguidos inmediatamente podemos citar la creación de un clima que, al despertar serias preocupaciones en los capas medias, ciertamente perjudicó a la izquierda; el robustecimiento de la predisposición de los aparatos estatales a buscar al enemigo en las filas de la izquierda y una visión de Italia como una democracia desestabilizable y desestabilizada, que animó a numerosos servicios secretos a intervenir dentro del propio territorio nacional (sobre lo cual hablaremos más tarde). Resumidamente, entre los efectos no deseados basta señalar la creación de una "psicosis del golpe" en algunos ambientes de izquierda, muchos de los cuales no eran en absoluto proclives a la lucha armada; la reaparición de actitudes y comportamientos del tipo de "nuova resistenza" contra el neofascismo emergente; la afirmación, no muy lenta y ni siquiera gradual, en las filas de la variopinta nueva izquierda, de una cultura política antiinstitucional, violenta, a la sudamericana. Si bien los orígenes del terrorismo de izquierdas no pue-

dan atribuirse mecánicamente a la existencia o a la percepción de la existencia de un terrorismo de derechas, cubierto o hasta fomentado y ayudado por sectores de los aparatos estatales, valoraciones de este tipo facilitaron seguramente la aparición y proliferación de militantes de izquierda a favor de la contrarréplica y de la lucha armada.

Sin embargo, antes de pasar a explorar e ilustrar las caras del terrorismo de izquierdas, conviene profundizar en el discurso sobre los actores que participan en la experiencia del terrorismo neofascista, pues si bien es útil rebatir —contra lecturas apresuradas, manipuladoras o engañosas, como el tomo de Claire Sterling *The terror network*— la opinión de que los terroristas italianos tienen matrices exclusivamente endógenas, no es menos conveniente resaltar que, de cuando en cuando, hubo implicaciones de actores exógenos. De hecho, a partir de su fase más explícitamente directa de acción violenta, el terrorismo neofascista pudo contar con el apoyo de servicios secretos y de amplios sectores de aparatos estatales de algunos países extranjeros. En concreto se sabe y está comprobado que, justamente con el fin de desestabilizar la política interna italiana y para "castigar" los comportamientos en política exterior de los gobernantes italianos, los servicios secretos de la junta militar griega, de la dictadura franquista y del régimen autoritario portugués proporcionaron apoyo financiero y logístico a los terroristas neofascistas. Sin olvidar ni infravalorar un ápice las fuertes afinidades ideológicas, la junta militar griega decidió no tolerar las actitudes de hostilidad del gobierno italiano, que se expresaban, entre otras cosas, en el asilo ofrecido al rey Constantino y en la desaprobación de la violación de los derechos civiles votada en el Consejo de Europa. A la dictadura franquista le sentó mal el clima de crítica de los actos del régimen (especialmente en la nota oficial del gobierno italiano a propósito del proceso de Burgos de 1969 que culminó con la ejecución de varias condenas a muerte) y de apoyo a veces muy caluroso a los antifranquistas. Por fin, el régimen autoritario portugués, repetidamente criticado y nunca apoyado por gobiernos italianos en la Nato por su guerra colonial en Africa, tomó algunas represalias.

Cuando, arrastrados por su crisis, estos regímenes cayeron, su apoyo a las actividades de los terroristas neofascistas en Italia quedó a cargo de las nacientes dictaduras militares chilena y argentina —si bien la distancia geográfica dificultará bastante más el apoyo continuado e inmediatamente incisivo. En el caso de la junta militar argentina, entrará en escena otro elemento no

marginal, es decir, la pertenencia de muchas de las figuras señeras de dicha junta a la masonería, justamente cuando en Italia se estaba consolidando el vínculo de masonería entre hombres políticos, jerarquías militares, agentes de los servicios secretos y periodistas en la logia secreta Propaganda 2 (P2). Precisamente teniendo en cuenta estos elementos, dejan de parecer casuales el repentino declive de la macroviolencia terrorista de cuño fascista después de 1974 y su no menos repentina reaparición, aunque brevísima, en 1980 justamente una vez que se habían consolidado estos nuevos vínculos.

Naturalmente (y con esto entramos en la naturaleza del terrorismo neofascista, en el análisis de sus modalidades de manifestación y en la cualidad de su organización), los terroristas negros practican formas de acción violenta algo diferentes de las de los terroristas rojos. Incapaces, y además imposibilitados de crear movimientos de masas que apoyen su ideología y sus objetivos, los terroristas negros oscilan entre una nutrida microviolencia, geográficamente concentrada en las zonas urbanas (sobre todo meridionales, pero también en Roma y Milán), a veces intentando entroncar con la problemática local (como las violentas manifestaciones a favor de Reggio Calabria como capital de la región) y las acciones de verdadera masacre que representan su macabra especialidad y que marcan toda su historia (Milán 1969; Brescia, mayo de 1974; tren Roma-Brennero en agosto de 1974; estación de Bolonia, agosto de 1980; tren Nápoles-Milán, diciembre de 1984, en colaboración con la criminalidad organizada). Hay que añadir, además, que en todas estas masacres ha habido acusados y procesados pertenecientes a organizaciones terroristas neofascistas, pero en ninguno de los casos se ha llegado a un juicio definitivo de condena de los acusados, así que las matanzas que en la memoria colectiva son atribuidas a los fascistas no tienen, hasta el momento, ningún culpable.

La actividad fascista de microviolencia tiene dos objetivos: por un lado crear como sea un clima de inseguridad y en consecuencia de demandas difusas de restablecimiento de la ley y del orden y, por otro, reclutar nuevos simpatizantes, poner a prueba su capacidad, seleccionarlos para cometidos más peligrosos y devastadores. Dada la naturaleza de los objetivos, la organización terrorista neofascista nunca tiene necesidad de hacerse grande numéricamente; nunca se ve en la necesidad de enfrentarse al imperativo de la (semi)clandestinidad, excepto en el caso de algunos dirigentes y únicamente tras haber sido condenados; goza con frecuencia de la connivencia de las fuerzas

del orden e incluso de algunos sectores la magistratura romana y meridional; está dispuesta a actuar por encargo.

Como era de esperar, con el tiempo, se van transformando algunos objetivos, y no solo los de medio plazo. Se asiste a la emergencia de la competición dentro de la dirección; se perfilan desacuerdos de gran envergadura que minan a las organizaciones y sobre todo complican sus relaciones con aquellos sectores de los aparatos estatales que toleraban o favorecían sus actividades; se producen intentos desesperados de volver a empezar de nuevo y de un relanzamiento, o quizás solo de mera supervivencia. Siguiendo el orden de los acontecimientos, en un primer momento Ordine Nuovo pierde la supremacía, pero ni Avanguardia Nazionale, ni Anno Zero, ni la más tardía "Costruiamo l'azione" adquieren la hegemonía en un movimiento de terroristas neofascistas que ya ha perdido definitivamente la cohesión. Si el objetivo inicial era crear caos y desorden, con el fin de hacer que las estructuras estatales se fueran haciendo cada vez más autoritariamente rígidas y provocar un giro a la derecha en la forma de actuar del gobierno, tal objetivo lo consiguen parcialmente en el período entre 1969 y finales de 1973. Pero más tarde es cuestionado y eliminado progresivamente por la evolución de la sociedad italiana (resultado del referéndum sobre el divorcio en mayo de 1974, favorable al partido del progreso; extensión de las juntas rojas formadas por socialistas y comunistas en 1975, "impetuoso avance" del PCI en las elecciones políticas de 1976, formación de gobiernos abiertos a la colaboración comunista en el período de la "solidaridad nacional": 1976-1979).

El nivel de caos y desorden que los fascistas sin duda logran crear en la sociedad italiana no parece favorecer los destinos político-electorales de la derecha. Si se produce un endurecimiento de los aparatos legales y de la legislación correspondiente, es en respuesta al peligro de terrorismo rojo. Pero las actitudes generales de la población no llevan agua al molino de la derecha terrorista. Por tanto no debe extrañar que quienes tienen a su cargo los destinos de la derecha decidan, justamente en esta fase, recurrir a la carta de la organización masónica secreta P2. Y llega también el momento de cambiar de objetivos.

En efecto, si los aparatos estatales están tan podridos que no se puede ya contar con ellos para una cabriola autoritaria contra el peligro rojo, entonces ya no es necesario intentar apuntalar el sistema y empujarlo hacia la derecha; es indispensable apuntar a la destrucción del sistema, lo cual pasa a ser de todos modos la única estrategia con posibilidades de éxito. En esta perspecti-

va, planeada por el ideólogo neonazi Franco Freda, considerado responsable de la matanza de Piazza Fontana en Milán, pero luego absuelto, son aliados potenciales todos aquellos que, prescindiendo de insostenibles distinciones de posicionamiento político, comparten el objetivo de fondo: la destrucción del sistema. De ello se deriva una predisposición a colaborar también con aquellos flecos del terrorismo rojo que, llegados a la desesperación política y organizativa, se encuentren sin otra vía de salida. Eso es lo que sucede a principios de los ochenta y que produce convergencias operativas impensables de otra manera. A estas alturas no es cuestión de ayudas y complicidades estatales ni mucho menos de apoyo internacional; es sólo cuestión de acciones coordinadas y dirigidas a hacer explotar el sistema con todas sus contradicciones. Nada más y nada menos: teoría y práctica deben fundirse, en la medida de lo posible, prescindiendo de cualquier diferenciación ideológica. En cierto sentido es el fin del terrorismo neofascista y la aparición aguerrida del terrorismo neonazi. Pero el cambio en el clima político deja poquísimo espacio a la movilización de energías y de recursos humanos, financieros y logísticos que sería necesaria. El terrorismo de derechas se extingue casi del todo.

El terrorismo rojo, de izquierdas

Sabemos muchísimo sobre el terrorismo de izquierdas, de sus numerosas y variopintas organizaciones, de sus miembros representativos, de la cúpula y de la base, de sus acciones, de sus objetivos, de su historia. Probablemente, a pesar de los numerosos intentos hasta ahora efectuados (una Comisión parlamentaria de investigación, muchos libros, ensayos, reconstrucciones: Wagner-Pacifici, Scara y De Luca, Katz, Moss), nuestros conocimientos todavía son insuficientes, precisamente respecto de lo que constituye el punto más alto de la actividad de los terroristas rojos, de su éxito organizativo y de imagen, y al mismo tiempo el inicio de su declive político y estratégico: el secuestro y asesinato de Aldo Moro.

Por seguir usando para el terrorismo rojo los mismos criterios aplicados al resumido análisis del terrorismo negro, resaltemos algunos aspectos que merecen ser señalados de forma prioritaria y contundente. En primer lugar, a diferencia de otras manifestaciones de terrorismo rojo en Alemania, Japón y Francia (Della Porta y Pasquino), el terrorismo rojo italiano es un fenómeno muy complejo, que abarca varias organizaciones, varias fases, varias genera-

ciones. No es, por tanto, de ningún modo reducible a una unidad y, en consecuencia, la búsqueda de una única mente, de un único cerebro que haya guiado los muchos brazos armados de las organizaciones terroristas rojas en Italia es vana, aunque quizás intencionadamente intente impedir que se comprenda de forma adecuada el fenómeno. En una palabra, el Gran Viejo no existe. No se puede postular la existencia de un centro único y dominante del terrorismo italiano, ni como individuo particular ni como organización nacional o internacional.

En segundo lugar, al contrario de lo que sucede con el terrorismo negro, es difícil establecer una fecha de inicio del terrorismo rojo en Italia. Ahora bien si —tal como suele hacerse habitualmente y que en el fondo no es incorrecto— se considera como crucial el paso al uso de las armas por parte de la organización, en aquel momento minúscula y aproximativa, los Colectivos Políticos Metropolitanos, y que habría dado origen a las Brigadas Rojas, entonces la fecha sería la de finales de 1971 (Caselli-Della Porta). Una vez traspasado el límite entre violencia física que se expresa en enfrentamientos públicos, brutales pero sin el recurso a las armas, y la violencia armada que se expresa por la potencia de fuego de los revólveres y de las metralletas, el terrorismo rojo habrá dado ya su primer salto cualitativo. Los otros irán llegando cuando de las "lecciones" que se traducen en pateos, se pase a disparar para matar, al margen de que los objetivos alegados fueran los de la financiación, de afirmación de la organización, protección de los militantes, o de autodefensa generalizada.

En tercer lugar, nunca parece tan importante y revelador como en el caso de las organizaciones terroristas rojas, analizar los complejos vínculos entre culturas políticas, prácticas organizativas y objetivos estratégicos, para aclarar trayectorias individuales y colectivas, que de otra manera serían incomprensibles. Y en cuarto lugar, parece útil, aunque de ninguna manera absolutamente decisivo, analizar los vínculos entre organizaciones, sea dentro del país con los aparatos del Estado italiano, sea en el extranjero con otras organizaciones terroristas y, eventualmente, con otros aparatos de otros Estados.

Por lo que respecta a la proliferación de siglas y sus correspondientes organizaciones terroristas, el punto más controvertido e intrincado se refiere a lo que llamaremos el álbum de familia, aunque ha de mantenerse una clara —aunque no absoluta— superioridad de las Brigadas Rojas. Es decir ¿cuáles

son los orígenes culturales, políticos y organizacionales de los grupos terroristas rojos?.

¿Es de verdad posible reconducirlos a todos, como alguien ha hecho y sigue haciendo, a la influencia ejercida por el partido comunista italiano, o bien al Movimento Sessantotto, o a la infiltración y a la manipulación de la Unión Soviética y de sus lacayos checoslovacos o búlgaros?

La expresión "álbum de familia" podría remitirnos —en vista de que ha sido usada por una comunista que desde hace casi veinte años no está afiliada al PCI, Rossana Rossanda, ahora del grupo "Il Manifesto"— a muchas "fotografías" de la historia de la patria y de los partidos. En efecto, podría tratarse del álbum de las fotografías del Partido Comunista, y en particular de aquella corriente que, con Pietro Sechia, "quiso la lucha armada" (según la biografía que le dedicó Miriam Mafai). Podría tratarse de la foto de una Italia campesina y pequeñoburguesa, impregnada de sentimientos antiestatales, de rebeldía, contestatarios, pronta a dejarse atraer por movilizaciones que a su vez el líder comunista Giorgio Amendola habría definido como de fascismo rojo. También podrían ser las fotos del Movimento Sessantotto que, en la dispersión que inevitablemente siguió al momento de máxima movilización sin éxitos positivos visibles, descarga el sobrante de militancia en la búsqueda de salidas entusiasmadoras, revolucionarias. En tal caso el álbum contiene las fotos de los nietos de la lucha armada de la resistencia y de los hijos del sesenta y ocho. Por último, pero ciertamente no en la hipótesis diseñada por Rossanda sino más bien en la formulada despectivamente por el periodista Giorgio Bocca, el álbum de familia contiene las fotos de los católico-comunistas, de aquellos jóvenes y no tan jóvenes embebidos de una idea inflexible de justicia social, de una imagen redentora de los procesos de la historia, de un compromiso intransigente a quemarse (y a quemar a los demás) para traer a esta tierra el reino de los cielos y la sociedad sin clases.

Como se ve, las distinciones son muchas y todas ellas son de algún modo interesantes y dignas de que se profundice en ellas pero, como quiera que sea el álbum de familia, remite a la multiplicidad de los orígenes, de las experiencias, de los objetivos mismos. Solo cuando estén disponibles las entrevistas con los terroristas de izquierda, recogidas en la amplia investigación del Instituto Cattaneo, se podrá ofrecer una respuesta menos tentativa y menos ideológica a la cuestión de la cultura política de los terroristas rojos. En cuanto a sus orígenes, sin embargo, es posible ya desde ahora afirmar que existe

una sustancial heterogeneidad de itinerarios, y por tanto es imposible reconducirlos todos a una única experiencia y una única matriz.

Nótese que el intento de *reductio ad unum* se ha repetido una y otra vez. Los dos candidatos más plausibles, pero a fin de cuentas igualmente increíbles si nos atenemos a las pruebas judiciales, han resultado ser primero *Potere Operaio*, (autodisuelto, una gran parte de sus militantes confluyeron en organizaciones también semiclandestinas) y luego *Autonomia Operaia* (entregada a una forma capilar de microviolencia ciudadana, pero que presenta cierto esfuerzo de teorización y racionalización de la violencia y de la misma lucha armada). No obstante, los itinerarios personales de cada terrorista, se cruzan y entrecruzan con y en casi todas las organizaciones de la izquierda extraparlamentaria, incluida *Lotta Continua*, lo cual sugiere que ninguna de ellas es, por sí sola, origen de la multiplicidad de las siglas ni menos aún de las acciones. Por tanto, la búsqueda de la unidad o de lo unitario no sólo resulta improductiva, sino que además induce a error. Es más, la ramificación del fenómeno del terrorismo rojo, su duración, su capacidad de autorreproducción (por ejemplo, incluso después de la detención casi en bloque del núcleo histórico de las Brigadas Rojas en 1974), no son explicables ni comprensibles a no ser que se tenga en cuenta precisamente la diversidad, la pluralidad y la proliferación de retazos.

Ya hemos hablado de la fecha probable de inicio del terrorismo rojo. El punto realmente de interés parece ser otro. Es decir, el de una periodicidad que tenga en cuenta una multiplicidad de elementos: siglas, acciones, víctimas (o intensidad de fuego) y alianzas (véase sobre algunos de estos aspectos Gallieni, y Della Porta y Rossi). En efecto, si es verdad que, como ya he escrito en otro trabajo (Pasquino 1984), las Brigadas Rojas crean una especie de oferta de terrorismo, convirtiéndose en el natural catalizador y referente de todos los grupos, o de aquellos que tienen intención de entrar en la lucha armada, lo que más puede interesar es la competencia entre tales grupos en cuanto a los recursos financieros (robos, expropiaciones, recurso a amigos y allegados adinerados), recursos organizativos (apoyándose en redes políticas sindicales de amistad preexistentes) y recursos humanos (personas dispuestas bien a trabajos "modestos" bien al riesgo de matar y ser matados). Por consiguiente, una vez hallado el acuerdo sobre la fecha de inicio, la atención se desplaza a la periodicidad y a las condiciones de las diversas etapas político-temporales, tal como es posible y útil hacerlo también para el terrorismo negro.

El tercer elemento constitutivo del terrorismo rojo es el más complejo de analizar. En efecto, las relaciones entre culturas políticas, prácticas organizativas y objetivos estratégicos constituyen exactamente el universo terrorista de izquierdas. Ante la imposibilidad de descender a todos los detalles necesarios, quizás baste con subrayar los aspectos más relevantes y, al mismo tiempo, más controvertidos. Se ha dicho que al menos parte de quienes optaron por la lucha armada creyeron en la necesidad de la defensa contra el peligro del golpe (es la cultura política de la "nueva resistencia"). Otros creyeron que era necesario oponerse a un diseño de racionalización neogaullista del Estado Italiano (atribuido al secretario del partido democristiano Amintore Fanfani y, naturalmente, a las fuerzas del capital). Incluso otros, y probablemente en la primera fase no se trataba ni mucho menos de una minoría, creyeron en cambio que tanto en Europa como en Latinoamérica, en París como en Praga, en Roma y Milán como en Montevideo (donde los tupamaros habían lanzado su guerrilla urbana), se había abierto un período pre- o cuasi revolucionario y que, en célebre expresión de Che Guevara "*deber de todos los revolucionarios es hacer la revolución*".

En este respecto confluyen o, mejor, chocan dos interpretaciones contrapuestas. Por un lado, la de quienes consideran que mientras el terrorismo negro se proponía primero evitar que el sistema político fuera cayendo en manos de las izquierdas, de los comunistas, luego, a la vista de los acontecimientos, se proponía destruirlo, a los terroristas rojos les movilizaba la cerrazón del sistema, su bloqueo (Bonanate). Por otro lado, la de quienes por contra sostienen que la cultura política de una fracción sustancial de los que decidieron pasar a la lucha armada, estaba impregnada por la convicción de que la revolución sería posible, precisamente, porque el sistema político no sólo no estaba bloqueado, sino que presentaba ámbitos de intervención para su disolución.

El sistema político italiano, como indicaban las luchas estudiantiles y obreras, había quedado ya debilitado, seguía siendo susceptible de cambios incluso profundos. Faltaban las fuerzas que ofreciesen una señal movilizadora como vanguardia, como "foco", como núcleo de un movimiento verdaderamente revolucionario. En todo caso, la convicción de que el sistema político estuviese real e irremediablemente bloqueado habría aparecido en una fase posterior. Cuando el sistema parece realmente bloqueado es después del ciclo electoral 1974-1976 y especialmente después del gran crecimiento del Parti-

do Comunista, acompañado de expectativas de profundos cambios e incluso en la composición de los gobiernos, a las cuales sucede rápidamente la gran desilusión ante la confirmación, una vez más, del papel central de la democracia cristiana gracias al consentimiento comunista. Tampoco es casualidad que, por un lado, se vuelva a producir un flujo de militantes hacia las casi exhaustas Brigadas Rojas y, por otro, algunos "servicios de orden" de Lotta Continua, especialmente en Turín y en Milán, decidan pasar a la lucha armada dando origen a *Prima Linea* (Stajano).

Así las cosas, tras las elecciones de 1976, ninguno de los comentaristas políticos está dispuesto a negar que el sistema político italiano esté realmente bloqueado. Está claro también a estas alturas, que los militantes de la izquierda extraparlamentaria, que han entrado en las organizaciones terroristas, no pueden retomar la trayectoria de compromiso e intervención política a partir de las actividades de movilización previamente desarrolladas, sino que, al contrario, desde el primer momento deben recurrir a la lucha armada, de ahí la intensificación de las acciones dirigidas a la eliminación física de los representantes del mundo de la industria, de las fuerzas de defensa del Estado, de la magistratura. De ahí que se pase a la lucha armada, lo cual implica casi inmediatamente el corte de las conexiones con las organizaciones legales y el ingreso en la clandestinidad.

"Apuntar al corazón del Estado", que es como se definirá luego la acción que culminó con el secuestro y asesinato de Aldo Moro, pasa a ser una consecuencia lógica de tal interpretación de la situación. Pero también es un imperativo estratégico. Si el sistema político se bloquea, se cierra como una tenaza, gracias entre otras cosas a la legislación de emergencia y a la reorganización de los servicios secretos y de los aparatos antiterroristas, entonces para la izquierda armada resulta indispensable golpear el corazón de esta reorganización, hacer explotar las contradicciones políticas, disgregar el sistema con la eliminación de su representante más significativo (Aldo Moro).

Todo esto, naturalmente, no podía hacerse si no se tiene una justa valoración de las relaciones entre organizaciones y, en todo caso, la interacción entre los diversos actores de la escena de la política y de la clandestinidad. A pesar de los numerosos esfuerzos hechos y las no menos numerosas declaraciones realizadas, todos los datos de que disponemos confirman un elemento de crucial importancia: los terroristas de izquierdas eran, son italianos. Este elemento, definitivamente confirmado no exime, por lo demás, de buscar pruebas de eventuales contactos con otros actores internacionales. Dicho

esto, hay que añadir que está comprobado que de forma totalmente esporádica hubo contactos entre flecos de las organizaciones terroristas italianas, sobre todo las Brigadas Rojas, con la Rote Armee Fraktion alemana, con la francesa Action Directe, con la Irish Republican Army, con fracciones de la Palestinian Liberation Organization. Son igualmente plausibles las afirmaciones relativas a contactos con sectores de los servicios secretos de Checoslovaquia y de Bulgaria. En cambio, y hasta que no se conozcan los archivos, las afirmaciones sobre la implicación de la KGB soviética son inconsistentes (aunque dicha implicación habría podido realizarse precisamente a través de los checoslovacos y los búlgaros). Todavía menos consistentes resultan los indicios de la manipulación e infiltración de los terroristas rojos atribuidas al Mossad israelí y a la CIA (y los archivos de esta última no parecen contener nada especialmente comprometedor o revelador).

En todo caso, la cuestión es la siguiente: ¿qué es lo que de verdad se quiere probar al subrayar las relaciones realmente habidas o supuestas? Se trata, en efecto, de relaciones muy diferentes entre sí, de naturaleza y consecuencias asimismo diversificadas. Por un lado, asistimos al inevitable y, después de todo, en absoluto logrado intento de conexión y de ayuda recíproca entre organizaciones terroristas. El intento no logra siquiera desembocar en una coordinación de las acciones, y hasta en los aspectos de la continuidad de las ayudas deja mucho que desear. Por otro lado, en cambio, asistimos al no menos inevitable intento de implicación de los servicios secretos en eventuales actividades de teledirección y manipulación de los terroristas rojos. Sin embargo, en ninguno de los casos aparecen pruebas que permitan sostener fundadamente que sin tales ayudas y manipulaciones no hubiera surgido el terrorismo rojo, ni que sin ellas hubiera sido incapaz de desarrollar determinadas acciones (como por ejemplo, una vez más, el caso Moro), ni que su capacidad para mantenerse a lo largo del tiempo hubiese sido inferior, o que su declive no se haya debido a contradicciones internas y, en definitiva, al fracaso del proyecto político, sino al abandono por parte de sus apoyos internacionales (del origen que fueran). Frente a estas consideraciones, lo mínimo que se puede pedir es que se abandone cualquier explicación internacional, exógena del terrorismo rojo.

Sin embargo, tres actores relevantes quedan en la escena de las relaciones entre organizaciones: en primer lugar, las propias organizaciones terroristas, en segundo lugar, los servicios secretos y, en tercer lugar, el crimen organi-

zado. De las relaciones entre organizaciones terroristas, se ha hablado mucho. Baste añadir aquí que en Italia se configura una situación diferente a la de los otros países que han experimentado el terrorismo rojo. La más fuerte de las organizaciones italianas, las Brigadas Rojas, nunca logró el control total sobre las otras organizaciones terroristas de izquierda, no logró la hegemonía sobre la lucha armada, incluso al final, pasaría por un proceso de fragmentación. En consecuencia se ve obligada a combatir en dos frentes: el terrorista externo de las acciones armadas y el interno de la consecución del control y del consenso de los militantes, empeñados ya en la lucha armada o dispuestos a estarlo. Y cuando este consenso no se logra, como en el caso de la controvertida decisión de matar a Moro (un consenso por lo demás deliberadamente buscado a través de las consultas a todas las filas de la BR que fue posible), las mismas Brigadas Rojas se fraccionarán en un ala militarista y un ala movimentista, que resultará imposible recomponer.

No es necesario añadir que la falta de coordinación y de unificación de las organizaciones terroristas significa también debilidad para todo el fenómeno terrorista: son varias las voces que hablan, varias las bocas de fuego, varias las fisuras. No es casual, por lo demás, que en la desenfrenada competición por los recursos de financiación para el apoyo logístico, para el apoyo de la organización, cuando el secuestro del asesor democristiano *Ciro Cirillo* en el verano de 1981 (en concomitancia con otros cuatro secuestros, algunos de los cuales luego culminarían con el asesinato de la víctima), una de las líneas militaristas de las Brigadas Rojas sintiese la necesidad de buscar beneficio tratando con el hampa napolitana de la camorra (dando increíblemente a entender que también la delincuencia organizada puede ser un aliado en la lucha por debilitar, destruir, revolucionar el Estado).

Por su parte el Estado Italiano utilizaba a sus servicios secretos no solo para infiltrar las organizaciones terroristas, sino también para proteger, como en el caso *Cirillo*, algunas fracciones, esencialmente las democristianas, de la clase política en su propio interés (y hay que plantearse la pregunta de por qué las diferencias de comportamiento por parte de los aparatos estatales y de la misma clase política gobernante entre el caso *Moro* y el caso *Cirillo*). Además, la cuestión más relevante se refiere a la capacidad del Estado, a sus conocimientos, a su voluntad de perseguir de verdad y no de servirse del terrorismo, especialmente el terrorismo rojo, en beneficio partidista. Hay, en efecto, quien sostiene (*Giorgio Galli* con más fuerza y con más coherencia

que cualquier otro) que el estado italiano estaba ya en posesión de toda la información y de todos los instrumentos necesarios para aniquilar a las Brigadas Rojas en 1974). Pasada aquella ocasión, la reorganización de las BR y la aparición de nuevas organizaciones, junto con las reestructuraciones y limpiezas sufridas por los contaminados servicios secretos, crearon una situación nueva, de mayor debilidad, que no se habría superado hasta 1978. Para entonces, los aparatos antiterroristas y la nueva legislación, incluida la relativa a los arrepentidos (sobre incentivos a los terroristas para que cuenten lo que sepan a cambio de una sustanciosa reducción de las condenas), habrían puesto las premisas y utilizado la nueva capacidad, primero para debilitar seriamente y después para derrotar definitivamente al terrorismo rojo, "militar" y jurídicamente.

Sin participación interna en los aparatos estatales, salido de la disgregación de un amplio y heterogéneo movimiento social, obligado a reivindicar la autoría de las propias acciones, el terrorismo rojo estaba más expuesto que el terrorismo negro a la derrota en el campo de batalla. En cambio el terrorismo negro podía, y probablemente puede todavía, contar con la complicidad interna de los aparatos estatales; en todo caso no se ve obligado a rendir cuentas a una amplia base y no tiene el problema de tener que exponerse a través de la reivindicación de las propias acciones. Al contrario, la total reserva es su arma más convincente.

En cambio, el imperativo de mantener abiertos los canales de propaganda y reclutamiento con algunos sectores de la extrema izquierda, unido al agotamiento de la disponibilidad para emprender un camino que era cerrado por las fuerzas del orden y de la magistratura, marcaban el final organizativo primero, político después, y por fin "militar" del terrorismo rojo. No obstante, esta "hipótesis" militar no significa su definitiva desaparición, bien sea por los intentos de reconstitución que se expresan en las demandas de amnistía *para todos los camaradas* (que llegan desde diversas partes, incluso desde algunos sectores de la clase política, que de paso quieren correr un tupido velo sobre la propia responsabilidad), bien sea porque siempre es posible efectuar alguna acción, aunque sean pocas, contra objetivos poco protegidos cuya relevancia será luego magnificada.

Las consecuencias

A pesar de todo esto, y en particular a pesar de las víctimas que trágica y selectivamente asesinaron, hirieron y convirtieron en inválidos para siempre, se sigue afirmando que los terrorismos no han producido consecuencias. Quizás se quiere hacer referencia a las consecuencias políticas, para el sistema político. Es éste, con toda probabilidad, el capítulo menos explorado y, por consiguiente, menos aclarado del episodio de los terrorismos italianos. No debe sorprender, puesto que es una temática de muy difícil planteamiento y que exige criterios que, en parte, tienen una fuerte carga de subjetividad. Dicho esto, la cuestión de cuáles hayan sido las consecuencias de los movimientos terroristas sobre el sistema político italiano parece ineludible, especialmente para quien pretenda, como nosotros hacemos, dar una valoración no solo equilibrada, sino también general del fenómeno en cuestión.

En una primera aproximación sería fácil sostener que los terrorismos no han tenido consecuencias significativas en el funcionamiento del sistema político italiano. Desde el punto de vista de los objetivos de los terrorismos de signo opuesto, el terrorismo negro no logra crear un bloqueo del orden, ni producir un giro autoritario, ni provocar la destrucción del sistema; el terrorismo rojo no logra desbaratar la modernización llamada neogaullista ni poner al descubierto lo que consideran el rostro autoritario de la democracia cristiana, ni lanzar un movimiento revolucionario (o impedir el cambio moderado del partido comunista italiano). Sin embargo, estos criterios y sus correspondientes evaluaciones aparecen demasiado vagos y, por tanto, insatisfactorios, en definitiva sin utilidad alguna.

Claro que en el plano puro y simple de la composición y de la actividad de los gobiernos, los terrorismos nacen cuando está en marcha la fase de declive del *centro-izquierda*, y desaparecen cuando una nueva versión de *centro-izquierda* ha vuelto a la dirección del país. Si el sistema político italiano estaba bloqueado cuando el terrorismo de izquierdas reivindica como mérito propio el intento de desbloquearlo, no menos bloqueado parece el sistema político cuando el terrorismo de izquierdas está en plena derrota. Así que tampoco desde este punto de vista se puede hablar de consecuencias significativas. Por tanto es necesario definir mejor los criterios de valoración.

En efecto, dos son las dinámicas que están en curso cuando el terrorismo de izquierdas y el de derechas hacen su aparición en la escena política italiana. Por un lado, se está desarrollando el más intenso movimiento de movili-

zación colectiva que haya conocido la historia de la república italiana (Tarrow, 1989). Por otro, como consecuencia también de ese movimiento de movilización colectiva, en la esfera política está la más fuerte aproximación del partido comunista al área de gobierno, su llegada a las puertas mismas del gobierno propiamente dicho. Ambas dinámicas se ven golpeadas por el terrorismo, desviadas, distorsionadas y, en definitiva, anuladas.

Sería incluso demasiado generoso atribuir a los movimientos terroristas un éxito pleno y exclusivo en este plano. Entre otras cosas, si realmente fuera así, sería el terrorismo negro el verdadero vencedor de los años de plomo. Ha conseguido sus dos objetivos centrales: bloquear la movilización colectiva, resituar al sistema en el centro sin corrimientos a la izquierda. Sin necesidad de aceptar esto en términos absolutos, sin embargo no se puede negar que los terrorismos italianos producen o cooperan en la producción de estos resultados políticos realmente significativos. No solo se ha hecho más difícil la movilización colectiva en Italia después de aquellos años, sino que los mismos impulsos despertados por los movimientos colectivos no terroristas no hallaron, justamente por esos años, una acogida más favorable entre otras cosas por la existencia de amenazas terroristas (que, entre otras cosas, crearon divisiones de interpretación y de comportamientos entre socialistas y comunistas y favorecieron el reflujo político, electoral y organizativo de la nueva izquierda). Además, el sistema político no se desbloquea debido, entre otras cosas, a que, objetivamente, el terrorismo de izquierdas impide que evolucione en el sentido de una alternancia entre coaliciones. Cualquier evaluación que se quiera hacer de Aldo Moro político, de su papel, de su visión, de su estrategia a largo plazo, no cabe duda de que su trágica salida de la escena política hace de todo punto imposible cualquier colaboración, más o menos orientada a la apertura de una tercera fase del sistema político italiano, a saber la de la alternancia, entre democristianos y comunistas. Lo persiguieran deliberadamente o no las terroristas rojas, que querían poner al descubierto el rostro colaboracionista y subalterno del PCI, este resultado es la consecuencia políticamente más significativa de los tres lustros terroristas. No es solo que la dinámica de aproximación del PCI al área de gobierno se para justamente en el umbral, sino que desde aquel 16 de marzo de 1978, día del secuestro de Moro, se inicia una dinámica de alejamiento del PCI del área de gobierno y su declive electoral y político.

La buscasen o no, la aplaudiesen o la lamentasen los terroristas rojos, es ésta la consecuencia política más relevante de su acción más cargada de "geométrica potencia". Por más que no se pueda decir si el sistema político italiano hubiera sido mejor, sí podemos presumir con cierta seguridad que sin el choque con los terrorismos, hubiera sido diferente. En una palabra, los terrorismos no han sido irrelevantes, o sin consecuencias, como con demasiada frecuencia se afirma. Al contrario, a ellos se debe la diferencia.

(Versión revisada del informe presentado en el seminario sobre terrorismo organizado por la Facultad de Derecho de la Universidad de Valencia y el Instituto Carlo Cattaneo de Bolonia los días 21 y 22 de mayo de 1990).

Referencias

- Bocca, Giorgio, 1978, *Il terrorismo italiano, 1970-1978*, Milán, Garzanti.
- Bonamate, Luigi, 1982, Terrorismo e governabilità, *Rivista italiana di scienza politica*, XIII, abril, 37-64
- Caselli, Gian Carlo e Della porta, Donatella, 1984, La storia delle Brigatte Rosse: strutture organizzative e strategie d'azione, en Della Porta, Donatella (ed.), *Terrorismi in Italia*, Bolonia, Il Mulino, 153-221
- Catanzaro, Raimondo, 1990, (ed.), *La politica della violenza*, Bolonia, Il Mulino
- Della Porta, Donatella, 1989, *Left-wing Clandestine Organizations*, tesis doctoral, Instituto Universitario Europeo, Florencia
- Della Porta, Donatella y Pasquino, Gianfranco (eds.), 1983, *Terrorismo e violenza politica. Tre casi di confronto: Stati Uniti, Germania e Giappone*, Bolonia, Il Mulino
- Della Porta, Donatella, y Rossi, Maurizio, 1985, I terrorismi in Italia tra il 1969 e il 1982, en Pasquino, Giancarlo (ed.), *Il sistema politico italiano*, Roma-Bari, Laterza, 418-456.
- De Lutiis, Giuseppe, 1989, *Storia dei servizi segreti in Italia*, Roma, Editori Riuniti.
- Drake, Richard, 1989, *The revolutionary mystique and terrorism in contemporary Italy*, Bloomington and Indianapolis, Indiana University Press.
- Ferraresi, Franco, 1984 (ed.), *La destra radicale*, Milán, Feltrinelli

- Ferraresi, Franco, 1990, *La strage di Piazza Fontana*, manuscrito, Roma, Comisión *Terrorismo y masacres*.
- Flamini, Gianni, 1981, 1982, y 1983, *Il partito del golpe*, Ferrara, Italo Boloventa ed., 3 vol.
- Galli, Giorgio, 1986, *Storia del partito armato*, Milán, Rizzoli.
- Gallieni, Mauro (ed.), 1981, *Rapporto sul terrorismo. Le stragi, gli agguati, i sequestri, le sigle 1969-1980*, Milán, Garzanti.
- Hess, Henner, 1991 *La rivolta ambigua. Storia sociale del terrorismo italiano*, Florencia, Sansoni.
- Katz, Robert, 1980, *Days of wrath*, Londres, Granada.
- Moss, David, 1989, *The politics of left-wing violence in Italy, 1969-1985*, Londres, Mcmillan.
- Novelli, Diego e Tranfaglia, Nicola, 1988, *Vite sospese. Le generazioni del terrorismo*, Milán, Garzanti.
- Pasquino, Gianfranco, 1983, *Differenze e somiglianze: per una ricerca del terrorismo italiano*, en Donatella della porta e Gianfranco Pasquino (eds.), 1983, pp. 237-263.
- Pasquino, Gianfranco, 1984, *Sistema politico bloccato e insorgenza del terrorismo: ipotesi e prime verifiche*, en Gianfranco Pasquino (ed.), *La prova delle armi*, Bolonia, Il Mulino, 175-220.
- Scarano, Mimmo y De Luca, Maurizio, 1985, *Il mandarino è marcio. Terrorismo e cospirazione nel caso Moro*, Roma, Editori Riuniti.
- Stajano, Corrado, 1982, *L'Italia nichilista. Il caso di Marco Donat-Cattin, la rivolta, il potere*, Milán, Mondadori.
- Tarrow, Sidney, 1990, *Democrazia e disordine. Movimenti di protesta e politica in Italia, 1965-1975*, Roma-Bari, Laterza.
- Wagner-Pacifici, Roberta E., 1986, *The Moro Morality Play: terrorism as social drama*, Chicago, University of Chicago Press.
- Weinberg, Leonard y Eubank, William Lee, 1987, *The Rise and fall of italian terrorism*, Boulder-Londres, Westview Press.